

los desafíos actuales de las ciencias a la teología moral*

Eduardo López Azpitarte

La moral clásica de nuestros manuales

El mundo de la moral gozaba en nuestros manuales de una armonía perfecta, en la que todos los elementos quedaban encajados dentro de un cuerpo doctrinal exacto y sin rupturas. La ley eterna se manifestaba en la ley natural que enseñaba al hombre las normas concretas de su comportamiento. En los casos de un conflicto entre exigencias contrapuestas, otros principios generales venían a solucionar esas aparentes contradicciones: justa defensa, principio de totalidad, cooperación material y formal en situaciones comprometidas, el doble efecto, y hasta el empleo de la virtud de la epiqueya. Si, a pesar de todo, quedaban dudas sobre la licitud de un comportamiento, sobre el que no existía unanimidad de criterio entre los autores, los sistemas morales aportaban una salida definitiva para dejar la conciencia tranquila. En esos casos, se podría seguir cualquier opinión que fuera más o menos probable, según los defensores de cada postura. La duda que pudiera quedar sería consecuencia de la ignorancia —fácilmente superable por la consulta—, o de un estado de conciencia patológico designado como escrúpulo o perplejidad.

Para el cristiano, además, existía otro punto de apoyo para asegurar la firmeza y objetividad de sus juicios. La fe encontraba en la revelación una enseñanza ética, desconocida o incomprensible para el increyente que no llegaría nunca, por esa falta de iluminación sobrenatural, al conocimiento completo de todos los valores morales. Ciertos contenidos éticos se consideraban exclusivos de la moral cristiana, y hasta se defendía que, sin esa ayuda de la fe, que acepta a Dios como fundamento y motivación última del universo ético, no era posible una vida honesta.

También a este nivel religioso, el cristiano encontraba en la Iglesia una salida clarificadora para la interpretación y aplicaciones concretas de la doctrina revelada. El magisterio eclesiástico goza de una asistencia especial del Espíritu para proponer las exigencias de la ley natural —por su importancia y vinculaciones con la economía

(*) Conferencia pronunciada en un Congreso de científicos brasileños en la Universidad de Vale do Rio dos Sinos, São Leopoldo (Brasil). Octubre 1986.

de la salvación—, con una firmeza y obligatoriedad diferente, según el tipo de enseñanza utilizado, pero que, por lo menos para algunos, podía alcanzar el carácter de doctrina infalible, sin excluir tampoco la posibilidad de una declaración solemne. Aún en el caso del magisterio ordinario —el más utilizado y frecuente— la obediencia y el sometimiento de juicio era una obligación, que comportaba una serie de exigencias más o menos profundas, según las épocas o autores diversos.

De ahí, esa división tradicional entre la moral y la ética. Esta última encontraría su base y fundamento en la razón humana para descubrir los valores accesibles desde una óptica puramente filosófica, mientras que la moral buscaría en la palabra de Dios, tal y como es interpretada por el magisterio de la Iglesia, el punto de partida y la fuente principal de su reflexión. Sería una asignatura teológica, que, si se valía de la razón en su análisis posterior, era sólo como una ayuda supletoria. La filosofía, como *ancilla theologiae*, quedaba siempre subordinada a las exigencias más altas y sublimes de la revelación. La naturaleza caída del hombre, a pesar de la recreación operada por Cristo para vencer las consecuencias del pecado, imposibilita el intento de una autonomía moral, que quisiera buscar su justificación al margen de la fe.

Hacia una nueva presentación: abandono del casuismo

No quiero que nadie vea en esta síntesis ninguna caricatura, ironía o desprecio. Soy consciente de la dificultad en describir, con pocas palabras, el rostro de la moral anterior, sin los muchos matices que serían necesarios; respeto, además, una tradición que tuvo su vigencia y validez en épocas anteriores, y que aportó una riqueza a la praxis humana y cristiana. Pero nadie podrá negar tampoco que esas fueron las líneas fundamentales de la moral que muchos estudiamos, e, incluso, no sería difícil encontrar, en la bibliografía reciente, autores que continúan defendiendo esos mismos presupuestos, o que exigen una vuelta a ellos para superar la crisis y confusión que hoy existe en el campo de la conducta humana¹.

Las críticas que, desde los diversos ángulos de las ciencias, se han ido levantando contra esta configuración de la moral, han tenido una fuerte influencia en la renovación de esta asignatura, que había quedado marginada, según el Vaticano II, de ese esfuerzo dinámico por adecuarla a los tiempos presentes. Cualquiera que

(1) En el último Sínodo sobre la reconciliación y penitencia se llegó a pedir, por parte de Mons. Kpondro (Togo), como un remedio para superar la crisis y el confucionismo ético, la traducción a las principales lenguas del clásico manual AERTNYS-DAMEN-VISSER, *Theologia moralis*, comprometiéndose los obispos a la adquisición de un número determinado de ejemplares para repartirlos entre sus sacerdotes. Sin llegar a estos extremos, no cabe duda que muchas de las discusiones actuales sobre determinados problemas —ética autónoma o moral de la fe; fundamentación deontológica o teleológica; especificidad de la moral cristiana etc.— reflejan, en el fondo, este deseo de volver a lo tradicional para evitar los peligros actuales. Cfr. un resumen de esta problemática en S. BASTIANEL, *Autonomía morale del credente, Senso e motivazioni di un'attuale tendenza teologica*, Morcelliana, Brescia 1980. Más breve en H. GUNTHER, *Fe en Dios y razón autónoma. Discusiones sobre la moral autónoma*, Selecciones de Teología 24 (1983) 138-143.

conozca un poco la abundante producción bibliográfica en artículos y monografías sobre temas concretos, y los intentos realizados, en estos últimos años, con la publicación de múltiples manuales, comprenderá fácilmente el nuevo talante que distingue la reflexión de hoy de la de épocas anteriores².

Al margen de posibles diferencias en las soluciones de ciertos problemas, o en el planteamiento de algunos presupuestos —que explica el mayor pluralismo existente en la misma Iglesia—, no sería difícil encontrar algunos denominadores comunes, que podrían resumirse en los siguientes rasgos.

Ha desaparecido la presentación orientada principalmente hacia la práctica de la confesión, que buscaba sobre todo la pecaminosidad de las conductas y su mayor o menor gravedad. La finalidad primaria de los **Libros penitenciales** y de la **Suma de confesores**, con posterioridad, estaba presente en nuestros manuales clásicos, que pretendían también la preparación del confesor para el sacramento de la penitencia. De ahí su insistencia en torno al pecado y la falta de contenido evangélico, porque lo único que importaba era no llegar al mortal. La espiritualidad, como asignatura diferente, se encargaría de proponer otras exigencias superiores que no aparecían para nada en los libros de moral.

Con esto tampoco quiero negar el valor pedagógico del método casuístico, utilizado hoy en grandes universidades para el estudio de diferentes ciencias, pero el estudio de la moral no puede quedar reducido a él, porque lo privaría de todo el dinamismo, riqueza y densidad que debe estar presente en la vida humana. La moral tiene que ser la ciencia que busca con plenitud la realización del hombre, aunque comprenda y analice tantos condicionantes que dificultan o imposibilitan la consecución de ese proyecto.

Superación de una moral infantil: autonomía y racionalidad

Una segunda característica se manifestaría en el esfuerzo por dotar a la moral de una fundamentación racional, que la haga creíble a un mundo que defiende, a toda costa, su autonomía y secularidad. La ética de la Iglesia se ha valido, con mucha frecuencia, de un recurso exagerado al argumento de autoridad. Las afirmaciones bíblicas o las enseñanzas de magisterio sobre la moralidad de una conducta eran suficientes para fundamentar una determinada valoración.

Sin negar el valor de la autoridad y de la obediencia correspondiente, hay que rechazar este tipo de argumentación, muy cercano a una moral nominalista, en la

(2) Basta recordar la abundancia de textos escolares publicados, durante estos últimos años, en Alemania, España, Estados Unidos, Francia e Italia principalmente. Para ver lo publicado por autores españoles pueden consultarse los siguientes boletines bibliográficos: G. HIGUERA - J. GAFO, **Dos excelentes obras de moral**, *Sal Terrae* 71 (1983) 69-75; A. GALINDO GARCIA, **Los manuales de moral fundamental. Arquitectura de una moral nueva**, *Salmanticensis* 32 (1985) 207-221; M. VIDAL, **La théologie morale en Espagne au cours des vingt dernières années**, *Supplément n.º 158* (1986) 119-134.

que la bondad o malicia de una conducta depende de que esté mandada o prohibida por la autoridad. Mantener estos esquemas llevaría a la aceptación de una conducta infantil que, si sabe cómo hay que actuar y comportarse, ignora por completo las razones de esa conducta. Hoy el hombre reniega, con todo derecho, de tal planteamiento. La necesidad de una cierta autonomía, para alcanzar también en este campo una vida adulta, requiere el conocimiento de las razones que justifican la valoración ética de una conducta³.

La moral no pertenece el ámbito de la fe, que exige la aceptación de unos misterios incomprensibles a la razón humana —aunque razonable por sus presupuestos, una vez admitida la autenticidad de la revelación—, sino que forma parte de las realidades humanas, que encuentran en la propia racionalidad una explicación adecuada.

Si la autoridad es necesaria, entre otras cosas porque no es posible siempre llegar a un conocimiento completo, tiene que hacerse también creíble y saber dar los argumentos suficientes, cuando el individuo quiera vivir con un convencimiento personal. Todos, pues, tienen derecho a preguntar por las razones de un comportamiento; y la autoridad, en sus diferentes niveles de enseñanza, la obligación de responder a tales interrogantes. Santo Tomás había insistido en esta necesidad cuando afirmaba que "aquel que evita el mal no por ser un mal, sino por estar mandado, no es libre"⁴. Y la moral tendría que fomentar esa libertad, adulez y autonomía.

Superación de una moral parenética

Por eso, no se acepta tampoco hoy un discurso puramente parenético, que aporta sólo un estímulo, una palabra de ánimo, una invitación y recuerdo a vivir en coherencia con lo ya aceptado. No se trata, por tanto, de probar ninguna afirmación, sino de animar a ser consecuente con la verdad conocida. La parenesis tiene, pues, una importancia extraordinaria y cumple con una función imprescindible en la praxis del hombre. Todos sabemos por experiencia que no basta saber —la mayéutica de Sócrates no resulta suficiente, si en ese conocimiento no existe esta dimensión seductora—, sino que se requiere una dosis de voluntad y estímulo para ser también coherentes. La parenesis se vale, entonces, de todos los recursos posibles, que afectan a la sensibilidad, para despertar el entusiasmo y la ilusión para realizar el bien y evitar el mal previamente reconocidos y aceptados. Pero resulta comple-

(3) El problema se plantea, sobre todo, con relación al magisterio de la Iglesia para ver la competencia y autoridad de su enseñanza en el campo de la ética racional. Cfr. E. LOPEZ AZPITARTE, *Ética y magisterio de la Iglesia*, Proyección 27 (1980) 23-31 (resumido en *Selecciones de Teología* 21 (1982) 326-328); AA.VV., *The Magisterium and Morality*, Paulist Press, New York 1982; X. THEVENNOT, *Magistère et discernement moral*, *Etudes* 362 (1985) 231-244 (resumido en *Selecciones de Teología* 25 (1986) 113-118); B. LEERS, *Moralitas e magisterio*, *Rev. Ecles. Brasil.* 45 (1985) 520-560 y 706-738.

(4) *In epistolam II ad Corinthios*, cap. III, lect. III en *Opera Omnia*, Vivés, París 1876, t. 21, p. 82. Cfr. también P. VALADIER, *La philosophie dans la théologie morale*, *Laval Théol. et Philos.* 42 (1986) 159-166.

tamente artificial, y hasta contraproducente, cuando ya da por supuesto un convencimiento anterior que aún no se ha conseguido o resulta insuficiente. Y no sé hasta qué punto esta confusión entre lo normativo y lo parenético está latente en muchos discursos éticos⁵.

En este sentido, creo honestamente que algunas de las críticas, dificultades y desafíos, lanzados contra la moral desde las perspectivas de las diversas ciencias, han quedado, en parte, superados. Una metodología más científica y un diálogo con los datos aportados por todas las ciencias han hecho posible la recuperación de esta asignatura, que había alcanzado unos niveles de desprestigio llamativos en los ambientes universitarios. A pesar de que aún queda en el inconsciente colectivo la imagen más tradicional y peyorativa, con toda la dosis de agresividad y rechazo que provoca, la experiencia me ha confirmado que, con esta nueva orientación, su palabra es recibida con respeto y estima, incluso en los ámbitos más opuestos y radicales. Purificar esas falsas imágenes latentes supondrá aún un esfuerzo grande y continuado, pero no cabe duda que hemos comenzado una etapa nueva, llena de esperanzas.

Los dos retos fundamentales

Este optimismo, objetivo y constatado por los que conocen algo de esta renovación, no elimina la conciencia de otros desafíos, que siguen pesando sobre el fenómeno de la moralidad. Las dificultades no van sólo contra un tipo determinado y concreto, sino contra la posibilidad científica de la misma moral, o, por lo menos, contra la existencia de una valoración normativa que pueda ser válida para todos los tiempos y culturas. Un doble reto, lanzado también desde una perspectiva científica, que elimina la moral del campo de las ciencias (problema metaético de la fundamentación), o le niega su carácter absoluto y vinculante (problema de la normatividad).

En cualquiera de las dos hipótesis no hay espacio para la moral en el mundo científico, porque o no puede encontrarse ninguna justificación a su existencia objetiva, en el primer caso, o sus juicios normativos carecen de validez, ya que no pueden aplicarse en todas las circunstancias, en el segundo. La imposibilidad, por tanto, de comprobar con la experiencia el hecho moral, o de verificar sus conclusiones con criterios universales despojan a la moral de una adjetivación científica.

Es significativa la división, mantenida por muchos filósofos, para explicar de otra forma la diferencia entre ética y moral⁶. La ética, como verdadera ciencia, estudiará los diferentes sistemas morales a lo largo de la historia, analizará el pensamiento de cada autor, discutirá sobre la interpretación más lógica cuando varias fuesen posibles, buscará las fuentes, influencias, aspectos comunes, etc. para tener

(5) Cfr. W. WOLBERT, *Parènesis ed etica normativa*, Rivista Teol. morale 13 (1981) 11-39 y *La confusione fra parènesis ed etica normativa*, ib. pp. 227-236.

(6) Así, por ejemplo, A. SANCHEZ VAZQUEZ, *Ética*, Crítica, Barcelona 1981³.

un conocimiento objetivo, con los métodos propios del análisis histórico, de lo que se ha dicho o pensado sobre la conducta humana. Pero la moral, como conjunto de valores que orientan la vida concreta del hombre, pertenece al ámbito de la pura subjetividad, sin ninguna base objetiva. Cualquier intento, por tanto, de darle un estatuto científico debería ser rechazado por la misma ciencia, como una violación externa contra sus propios criterios epistemológicos. Sobre estos desafíos, que me parecen los más fundamentales y que abarcan otros más secundarios, quisiera centrar mi reflexión. Intentaré apuntar una respuesta, y el diálogo posterior entre los científicos y el moralista aportará sin duda otros complementos y un enriquecimiento mutuo para ambas perspectivas.

El problema metaético: la verificación de los juicios morales

Uno de los postulados básicos para aceptar la objetividad de un fenómeno es la posibilidad de verificarlo con la experiencia. Hoy sólo se cree y admite lo que resulta científicamente verificable a través de observaciones, análisis, experimentos, confrontaciones, o de las conclusiones obtenidas racionalmente, por deducción o inducción, de estas verdades empíricas. Como los juicios éticos de valor se resisten a esta verificación no pueden considerarse como científicos. Su origen queda explicado por otros factores diferentes, ya que no tienen ninguna justificación real. Todas las teorías no cognoscitivas tienen, pues, este denominador común: la imposibilidad de un juicio ético objetivo. Es la célebre y repetida "falacia naturalista", cuando de la existencia de un hecho empírico —Pedro da limosnas a un pobre—, deducimos una conclusión ética que escapa a toda comprobación —luego, Pedro es bueno—. Sería dar un paso del ser al deber ser, que no tiene ninguna lógica científica, sino que es motivado por la emoción, sentimiento o decisiones personales⁷. Se puede probar que el agua hierve a 100° —y toda persona sensata admitirá esa conclusión y podrá comprobarla—, pero sería absurdo imponer a todas las personas una temperatura determinada para tomar una ducha.

De esta forma, no se niega la existencia de la moral. Muchos de estos autores no tendrán dificultad en admitirla y hasta en defender su utilidad. Es comprensible que, frente al misterio de la vida, el hombre busque darle un sentido y opte por una solución que le ayude a encontrarlo. Es la ilusión de buscar una salida que responda a sus deseos más personales y con la que quiere comprometerse. Se trata de una decisión respetable, porque afecta al mundo más íntimo de la persona, pero a nadie se le debe exigir una opción semejante, porque no tiene ninguna base real. La moral sería un intento de transmitir a los demás las propias emociones frente a determinados comportamientos, de conseguir la adhesión de los otros para el proyecto que cada uno se ha creado, pero, al faltarle la experimentación científica, constituiría una injusticia condenar a los que valoran y se comportan de manera distinta. Cual-

(7) L. KOLAKOWSKI, *La filosofía positivista. Ciencia y Filosofía*, Cátedra, Madrid 1981². H. FEIGL, *El legado del positivismo lógico*, Teorema, Valencia 1981. J. C. GARCIA-BORBON, *Empirismo e Ilustración Inglesa*, Cincel, Madrid 1985.

quier otra valoración goza del mismo grado de "racionalidad" subjetiva y merece el mismo respeto.

Los valores, en último término, son fruto de un proceso emotivo o el resultado de una decisión⁸. Nadie, por tanto, podrá imponer el calificativo de buena o mala a la conducta de otra persona. Aunque se desee que todos compartan los propios ideales éticos, no existe ninguna razón objetiva para imponerlos. Lo que, desde la propia subjetividad, se considera como ilícito, resulta perfectamente moral para otro individuo. Aquí también se podría decir que sobre gustos no hay nada escrito. El relativismo es la única postura sensata. Las preferencias éticas pueden manifestarse en conductas contradictorias.

Un punto de partida diferente e irreconciliable

Hay que reconocer que el diálogo con los defensores de esta teoría no cognoscitiva, tanto en el campo de la filosofía del lenguaje como en el más práctico de las ciencias experimentales, no es posible que llegue a ningún tipo de acuerdo. Desde una perspectiva contraria, que acepta la existencia y objetividad de los valores éticos, podemos intentar una fundamentación de la moral, como una exigencia que brota de las propias estructuras antropológicas del hombre que nace como un ser deshecho y desajustado, incapaz de regirse por sus propias pulsiones; como una necesidad psicológica para encontrar un criterio último que oriente las múltiples decisiones de la vida, que configure y posibilite la integración e identidad personal. La fenomenología del valor descubriría, por otra parte, que su llamada silenciosa y constante responde, precisamente, al deseo que el hombre tiene de realizarse como persona, que es como un eco externo de otro grito interior que le invita, respetando su autonomía y libertad, a comportarse de una forma concreta, cuando descubre que es el camino mejor para la convivencia, la justicia, la dignidad personal etc. La misma historia confirmará, a pesar del pluralismo existente, que todas las épocas y culturas han exigido una moral determinada, y que, al menos en ciertos criterios más evidentes y universales, se llega a un acuerdo común, que se amplía y enriquece paulatinamente.

En este itinerario recorrido, que se podría completar con otras consideraciones diversas, no habría ninguna discrepancia. Al fin y al cabo, se trata de realidades objetivas y verificables, que existen y se experimentan, y que constituyen el objeto científico de la ética, pero, al final, la explicación última seguirá siendo diferente.

(8) Entre la abundante bibliografía sobre estas teorías, Cfr. J. S. - P. HIERRO, **Problemas del análisis del lenguaje moral**, Tecnos, Madrid 1970; A. ROSS, **Lógica de las normas**, Tecnos, Madrid 1971; N. HOERSTER, **Problemas de ética normativa**, Alfa, Buenos Aires, 1975; G. KALINOWSKI, **Lógica del discurso normativo**, Tecnos, Madrid 1975; I. CRAEMER-RUEGEN-BERG, **Lenguaje moral y moralidad**, Alfa, Buenos Aires 1976; J. RODRIGUEZ MARIN, **Lógica deóntica**, Universidad, Valencia 1978; J.J. ACERO, **Filosofía y análisis del lenguaje**, Cincel, Madrid 1985. Un resumen breve y completo en R. GINTERS, **Valori, norme e fede cristiana**, Marietti, Casale Monferrato 1982, pp. 170-181. La incompatibilidad de este relativismo metaético con la fe en B. SCHULLER, **Dezisionismus, Moralität, Glaube and Gott**, Gregorianum 59 (1978) 465-510.

Mientras que para unos la moral responde a una verdad objetiva —lo que es bueno para el hombre existe y puede ser conocido a pesar de los errores y dificultades—, para los otros es consecuencia de un contagio afectivo, de vivencias y decisiones personales, que los hombres también comparten, pero que no se pueden demostrar.

El valor de la experiencia: una doble Interpretación

El problema radica, como fácilmente se comprueba por lo dicho, en admitir que la única racionalidad posible es la científica y verificable, o que también existe otro tipo de racionalidad diferente. Si lo empírico es real, nosotros también aceptamos otra forma de realidad, que no siempre es demostrable con instrumentos de laboratorio o con la metodología de otras ciencias empíricas. En el fondo, todo va a depender del significado y amplitud que se le atribuya al término "experiencia"⁹. Una reducción tan drástica, como la que se ha operado hoy en ciertos ambientes "científicos", desposeerá de valor objetivo a otra serie de experiencias que son, justamente, las que encierran un mayor contenido y riqueza humana.

Ciertamente que el conocimiento de un valor ético es más complejo y difícil que el de una mera realidad empírica. El sentimiento y la sensibilidad forman parte de él, como estímulo y condición previa, que llevan a una reflexión posterior para comprender el "valor" de una conducta en orden a una dignificación progresiva de la persona, o como obstáculo e impedimento para ese objetivo. Un conocimiento que requiere también una verdadera decisión para comprometerse con algo que se enfrenta, muchas veces, con otras exigencias más agradables y sensibles de la misma persona, pero de una importancia secundaria para su realización total. Cuando en un comportamiento determinado percibimos ese contenido humano que lo dignifica, el paso del ser al deber no es ilógico, porque en la realidad que observamos —en el caso anteriormente propuesto, Pedro da limosna— descubrimos un "plus" de humanismo —que la solidaridad, por ejemplo, entre los hombres es mejor que el egoísmo—, y de ahí deducimos que Pedro es bueno.

No es el momento ahora de hacer una fenomenología del valor para analizar con mayor exactitud su naturaleza, las condiciones para captarlo, y los criterios que servirían para superar los riesgos de la subjetividad y del posible error, que no siempre podrán eliminarse¹⁰. La postura de una ciencia meramente empírica está clara: todo aquello que trasciende la realidad no encuentra justificación científica, mientras que para nosotros es posible también otro tipo de racionalidad objetiva. La discusión no acabaría nunca. Estamos ante un problema metaético, en el que todos tenemos que reconocer la importancia de los propios sentimientos para optar por cualquiera de las dos alternativas, aunque, para unos, esos sentimientos constituyan la única explicación, y, para los otros, sean sólo un elemento condicionante.

(9) Un estudio completo sobre este concepto y sus diferentes interpretaciones en S. PRIVITERA, *Dal'esperienza alla morale. Il problema "esperienza"* In *Teologia morale*, Edi Ofes, Palermo 1985.

(10) Sigue siendo útil y fundamental para una fenomenología de los valores éticos el libro de P. VALORI, *L'esperienza morale. Saggio di una fondazione fenomenologica dell'etica*, Morcelliana, Brescia 1976².

La valoración ética: los riesgos de una dimensión absoluta

Los desafíos contra la moral no sólo se presentan en el ámbito metafísico, sino también en el campo concreto de la normatividad. Si el valor orienta la conducta del hombre hacia su propia realización, tiene que tener un carácter vinculante y obligatorio para todas las personas. Lo que es recto debería poseer, por tanto, una validez permanente. Era la doctrina clásica de que la ley natural era básicamente inmutable y sólo podría cambiar en algunos aspectos secundarios. El análisis de esta naturaleza permitiría deducir una serie de exigencias concretas para orientar la conducta humana en los diferentes campos de su actividad. Con tales criterios éticos habría que valorar todas las múltiples posibilidades que pudieran presentarse en las variadas circunstancias de la vida. Es verdad que semejante presentación aparece con otros matices en muchos autores actuales, pero queda siempre una idea difundida y latente de que la moral es una ciencia *a priori*, en el sentido de que juzga la realidad desde principios previamente configurados, y, por ello mismo, una ciencia demasiado estática y poco vulnerable a los avances y progresos de las ciencias.

Es lógico, entonces, que para muchos científicos una moral así provoque una serie de dificultades, hasta el punto de prescindir o ignorar cualquier exigencia ética como una ideología alienante o como un obstáculo para la investigación. No resulta extraño que algunos defiendan la neutralidad de la ciencia, como una defensa contra cualquier imperativo ético. La única obligación consiste en avanzar hacia adelante y conocer mejor los misterios del universo.

Y es que no cabe duda que son múltiples las preguntas e interrogantes que actualmente se plantean a la moral. Cuando hoy se han conseguido avances extraordinarios y se trabaja con ilusión en alcanzar otros objetivos ¿cómo se pueden juzgar esas posibilidades sin conocer aún sus consecuencias y sin un tiempo suficiente de experimentación? Baste pensar en los éxitos técnicos obtenidos con la inseminación artificial o *In vitro*, y en el horizonte inmenso que se abre en el campo de la ingeniería genética, por citar algunos temas de mayor actualidad, para comprender la justificación de esa pregunta¹¹. Repetir simplemente los criterios éticos de Pío XII, como ahora recuerdan algunos para condenar ciertas prácticas, sería una postura demasiado cómoda y poco científica, porque se elimina el esfuerzo de un replanteamiento y la posibilidad de un progreso humano. La historia demuestra, hasta los tiempos más recientes, que todo cambio ideológico o técnico, que pusiera en peligro los esquemas tradicionales, no fue nunca bien recibido por la moral cristiana. De ahí la impresión, muchas veces existente, de que la vida continúa adelante por un

(11) Sobre esta temática cito sólo alguna bibliografía más reciente y que ofrece una visión de conjunto: A. C. VARGA, *Problemas de bioética*, Unisinos, São Leopoldo 1982; E. LOPEZ AZPITARTE, *Dimensión ética de la fecundación artificial*, *Proyección* 31 (1984) 279-294; C. CIROTO - S. PRIVITERA, *La sfida dell'ingegneria genetica. Fra scienza e morale*, Citadella Editrice, Assisi 1985; A. SERRA, *Verso la manipolazione genetica dell'uomo? Premesse, prospettive e problemi*, *Civiltà Cattolica* 136/1 (1985) 4331-444 y 550-562; E. BROVEDANI, *L'ingegneria genetica. Aspetti scientifico-tecnici y Le applicazioni dell'ingegneria genetica. Dalla biotecnologia alla terapia genica umana*, *Aggiornamenti sociali* 37 (1986) 517-535 y 605-619; J.A. ABRISQUETA, *Los desafíos de la nueva genética*, *Verdad y Vida* 44 (1986) 29-41; O. GARCIA PRADA, *Biogenética y responsabilidad: Elementos para una discusión del desafío biotecnológico*, *Estudios Filosóficos* 35 (1986) 64-102; G. GUTIERREZ LOPEZ, *Bioética y tecnología genética*, *Cuadernos Realidades Sociales* n.º 27-28 (1986) 23-37.

camino paralelo y lejano al de las normativas éticas que un día terminan aceptando lo que ellas mismas condenaron con anterioridad. ¿Qué valor tiene, entonces, la moral en el mundo de las ciencias?

Los peligros de una valoración histórica y evolutiva

Por otra parte, si, para superar ese inmovilismo y esclerosis, la moral busca, como la ciencia, una evolución continua para ir modulando sus conclusiones en función de los cambios y del progreso, ¿cómo podemos darle un carácter absoluto a lo que es histórico y provisional? Con otras palabras, ¿es posible condenar ahora una conducta, con la fuerza obligatoria que contiene, cuando a lo mejor, dentro de poco, llegará a ser admitida? No hablamos, por supuesto, de aquellas exigencias tan básicas, universales y evidentes que constituyen lo que podríamos llamar el patrimonio ético de la humanidad, sino de su aplicación a los múltiples problemas concretos que hoy se discuten. Precisamente este pluralismo de interpretaciones y la necesidad de una re-creación constante ha hecho perder a la ética su credibilidad. También ella, como la ciencia, tiene que basarse sobre una serie de hipótesis, que no pueden aceptarse hasta su posterior verificación.

Las dificultades para una normativa ética aumentan, cuando las ciencias antropológicas nos descubren el influjo extraordinario de la cultura en la valoración moral. El conocimiento de la realidad, en efecto, nunca se hace desde una neutralidad absoluta, como si fuera posible su existencia despojada de todos los elementos culturales que la configuran y diversifican. Cada uno se acerca a ella y la conoce condicionado por ese mundo cultural. Lo que es recto y debe ser realizado se matiza, por tanto, con esta nueva dimensión, que va a valorar las conductas con criterios diversos¹².

Y este factor no sólo se da entre períodos históricos, razas o países diferentes, sino que se hace también presente dentro de una misma generación, en cualquier grupo humano. La cultura que caracteriza al matemático no es la misma que la del psicólogo, jurista, político e historiador. Es inevitable que, a través de la educación y de la experiencia de la vida, cada persona quede culturizada de alguna manera, lo que sin duda la condicionará, más o menos positivamente, en la valoración de los hechos y conductas. Influencias que serán mucho mayores, cuando se vive dentro de un contexto cultural en el que se aceptan, como normales y lógicas, formas de proceder o actuar que resultan inadmisibles en otro diferente. Las ideas, sentimientos, normas, costumbres, que identifican a ese grupo, se asimilan e interiorizan de tal manera que es casi imposible interrogarse sobre su justificación y validez. La diversidad de culturas explica también el pluralismo de éticas. Y entonces, ¿cómo es posible una exigencia absoluta?

(12) Sobre este carácter histórico y evolutivo de la moral traté en *Fundamentación de la ética cristiana*, en *Praxis cristiana*, Paulinas, Madrid 1986⁴, vol. I, pp. 299-325. Además de la bibliografía allí citada puede verse AA.VV., *¿Pluralismo moral en unidad de fe?* Concilium n.º 170 (1981); J.M. AUBERT, *Mutations culturelles et physionomie éthique de l'homme*, *Studia Moralia* 23 (1985) 5-28.

Sin este carácter absoluto, la moral deja de ser una ciencia normativa. Tendría, a lo más, un valor orientativo para llamar la atención sobre posibles peligros, pero sin poder imponer ninguna verdadera obligación. Las pistas, para la posible solución de todos estos problemas, podrían encontrarse teniendo en cuenta los siguientes elementos.

El diálogo con las ciencias: exigencias y límites

Si la moral es la ciencia de aquellos valores que sirven para la plena realización del hombre, la búsqueda de este bien integral no es patrimonio exclusivo del moralista. Una valoración ética no puede efectuarse *a priori*, sin tener en cuenta los estudios realizados por las ciencias y haber analizado las consecuencias y efectos posteriores, que se derivan de una conducta¹³. Todo valor ético debe encontrar aquí su fundamentación, mucho más que en un intento por deducir de una naturaleza abstracta y metafísica lo que es bueno para el hombre. Cuando adjetivamos como indigna a una conducta es porque la reflexión sobre la experiencia nos ha hecho descubrir que por ese camino no es posible la humanización. Sto. Tomás tiene una visión del pecado profundamente humanista, a pesar de su dimensión religiosa y trascendente, cuando afirma que "Dios no es ofendido por nosotros, sino en la medida que actuamos contra nuestro propio bien"¹⁴. La ofensa de Dios radica en la destrucción del hombre, y para saber cuando una conducta nos destruye son necesarios también los datos aportados por las ciencias.

Esto no significa dejar la moral en manos del científico o reducirla a simple técnica. No todo lo que se puede, se debe hacer. También las ciencias tienen que sentirse condicionadas por la moral. La pretendida neutralidad científica, como la política, es imposible. Toda investigación se realiza con unos fines específicos, produce unas consecuencias determinadas, y se realiza con unos medios concretos, que necesariamente van a condicionar su dimensión ética. No tenerla en cuenta nos llevaría a la irracionalidad de las ciencias, que los mismos científicos han denunciado, y que motivó, por eso mismo, la necesidad de unos Comités de ética para evitar, en algunos casos, los posibles riesgos y peligros¹⁵.

Es natural, por tanto que los nuevos progresos técnicos y los cambios culturales pongan, muchas veces, en crisis las valoraciones éticas anteriores, que se concretizaron bajo otros esquemas diferentes. El diálogo, en estas ocasiones, se impone con mayor urgencia. No basta simplemente repetir lo anterior y condenar de inmediato las nuevas posibilidades. Lo que tal vez, desde otros presupuestos, no era

(13) Cfr. la bibliografía de la nota anterior y A. MOSER, *Teología moral e ciencias humanas. Antigos y novos desafios*, Rev. Eclesis. Brasil. 45 (1985) 227-244; W. ROMO, *El diálogo entre ciencia y ética, con especial referencia a la ciencia médica*, Teología y Vida 27 (1986) 111-123.

(14) *Summa contra gentes*, III, 122.

(15) Para ver cómo ninguna experiencia científica puede ser éticamente neutra, M. VIDAL, *Ética de la actividad científico-técnica*, *Moralia* 5 (1983) 419-443. Sobre la necesidad de algún control. F.A. ISAMBERT, *De la bio-éthique aux comités d'éthique*, *Etudes* 358 (1983) 671-683; J. R. VILLANUEVA - I. GARCIA, *Aspectos éticos de la Ingeniería genética*, Cuadernos Realidades sociales n.º 27-28 (1986) 11-22.

admisible —entre otras razones, porque también resultaba inédito y desconocido—, ahora exija otras matizaciones diversas. La nueva situación requiere un nuevo planteamiento y análisis, para ver si los enunciados tradicionales siguen aún teniendo vigencia o precisan de otra formulación más adecuada.

La moral, como dinamismo que busca lo que es mejor para el hombre, podría quedar ahogada por una moralidad, como normativa concreta y más circunstancial, al atribuirle un carácter absoluto que no siempre tiene. Por no traicionar a un valor concreto, se cierra la posibilidad de un conocimiento mayor. Y es que, en este campo, no deberíamos olvidar nunca que si existe una mentira que pervierte la verdad conocida, existe también un espíritu mentiroso que imposibilita el encuentro y la conquista de otras verdades¹⁶. Una ética que se sintiera satisfecha con la guarda de lo ya conocido, pronto se convertirá en un objeto de museo, y habría que considerarla como una auténtica inmoralidad.

Firmeza y relatividad de la normativa ética

Por eso, cuando se trata de reflexionar sobre situaciones inéditas, sobre todo, habría que defender una cierta moral de lo provisorio. Será necesario recordar ciertos valores más fundamentales, pues cualquier progreso que los elimine habrá perdido su dimensión humanizante. Y un avance técnico, que supone un "coste" auténtico de humanidad, no tendría ninguna justificación, si lo que buscamos, como proyecto definitivo, es la autorealización de la persona. Pero, antes de lanzar una condena, es necesario, a lo mejor, un tiempo de reflexión y experiencia para que, con todos los datos recogidos, se descubra el valor ético de esa nueva posibilidad. La normativa vigente servirá, incluso, como un toque de atención que invita a la prudencia para evitar los peligros de una aventura precipitada.

De esta forma, la moral mantiene su función, porque alzaré su voz de protesta para denunciar aquellas conductas —y hasta culturas— que constituyen un atentado contra la dignidad del hombre, y procurará concretizar esos valores, teniendo en cuenta los factores científicos y culturales de cada momento histórico. Algunas de estas normativas y criterios éticos alcanzará un valor más absoluto, formando parte de lo que antes llamábamos el patrimonio ético de la humanidad, pero otras tendrán un carácter más histórico y evolutivo.

En estas circunstancias, la moral debería ser una ciencia humilde y abierta a todos los datos y opiniones para ofrecer, después de una seria reflexión y de la experiencia necesaria, lo que ahora parece mejor para el hombre. No hay que pretender elaborar una ética que sirva para el año 2.000, sino justificar aquello que, de acuerdo con los conocimientos científicos y culturales del momento presente, juz-

(16) Cfr. P. LADRIERE, *L'esprit de mensonge dans le discours théologique*, y R. SUBLON, *Songes et mensonges. Sur quelques façons de parler, d'enseigner, de gouverner*, Supplément 34 (1981) 519-529 y 559-578; E. LOPEZ AZPITARTE, *Meditación Ingenua sobre la verdad*, Proyección 33 (1986) 197-204.

gamos como un valor moral. Más adelante, cuando al cambiar esos conocimientos fuera necesario, habrá que plantearse de nuevo la exactitud de los juicios anteriores. Una moral, sin esta dimensión histórica en algunos puntos, perderá por completo su credibilidad para el hombre moderno.

La dimensión política de la moral

A partir de estos desafíos, se podrán presentar otros diferentes, como decíamos al principio, pero que no serán sino la concretización de éstos más fundamentales al campo más particular de cada ciencia¹⁷. Sin embargo, quisiera apuntar otro último, de especiales características, por la dimensión macro-social que están tomando todos los mayores problemas que afectan a la humanidad.

La esfera privada se ha quedado demasiado pequeña e ineficaz para conseguir una adecuada solución. El hombre se siente dominado por la fuerza de las estructuras e ideologías dominantes, por los intereses políticos y económicos de las grandes potencias y empresas, por las exigencias de unas leyes y mecanismos supraindividuales y complejos, que experimenta una sensación de incapacidad e impotencia absoluta. Dentro de esa gigantesca máquina, sólo realiza una función pequeña, como la de cualquier pieza que puede ser sustituida, en caso de no servir para el buen funcionamiento. Diríase que sólo desempeña un papel impuesto y programado por otro, pero que desborda las propias posibilidades, influjos y conocimientos. La única obligación consiste en el cumplimiento de un contrato, que lo vincula para la realización de unos objetivos que no dependen ya de su decisión personal. La búsqueda de la propia perfección y el quedarse satisfechos por no tener ninguna culpa ¿no sería, en el fondo, una postura demasiado hipócrita para considerarla como ética? Con otras palabras. ¿Es posible sentirse con las manos limpias, cuando participamos de un mundo perverso y manchado?¹⁸

Esta impotencia del individuo para cambiar las estructuras sociales pecaminosas —que fomentan y condicionan, a su vez, los fallos personales— tampoco debería provocar, como sucede con mucha frecuencia, una moral retórica de la denuncia y del lamento. Sería una imagen demasiado fatalista, como si no hubiera otra alternativa que la del conformismo y resignación, y una confesión explícita de que la moral sólo conserva, en esas circunstancias, un simple carácter testimonial.

La fe daría al cristiano una visión mucho más comprometida en la lucha contra ese "misterio de iniquidad", para llevar a término la victoria de Cristo que "quita el

(17) Véase, por ejemplo, I. LOBO, *Una moral para tiempo de crisis*, Sígueme, Salamanca 1975; M. GONGORA, *Desafíos de la Historia a la Teología*, Teología y Vida 27 (1986) 125-143.

(18) El tema fue discutido en la última asamblea del Sínodo sobre la reconciliación y penitencia, al tratar del pecado colectivo, y después en la posterior Exhortación apostólica de Juan Pablo II. Los diferentes matices de las intervenciones en E. LOPEZ AZPITARTE, *El tema del pecado en los documentos del Sínodo del 83 en Miscelánea Augusto Segovia*, Facultad de Teología, Granada 1986, pp. 359-408.

pecado del mundo". Pero, aun desde una perspectiva humana, lo único sensato sería acentuar, con más énfasis y fuerza que nunca, la dimensión política, en el sentido más auténtico de la palabra, de cualquier ética moderna. Un desafío al que, tal vez, no hayamos respondido todavía con la suficiente rapidez o insistencia.

Eduardo López Azpitarte